



Palabra del Postulador

Los santos no nacen santos. La santidad es, por supuesto y en primer lugar, una gracia de Dios, pero que requiere al mismo tiempo una respuesta generosa del cristiano que busca el ideal de la santidad. Para el Padre d'Alzon la meta última de su vida ciertamente fue siempre la santidad, y para lograrla luchó con heroísmo contra todos los obstáculos que se le oponían.

Uno de ellos, él mismo lo confiesa tanta veces, era el orgullo. Estaba inscrito en su temperamento "burlón, irritable, soberbio y despreciativo". Esto le hacía sufrir. La humildad será, pues, para él una de las virtudes que más se aplicará en conquistar. Y la propone como meta indispensable a sus religiosos y a sus dirigidos y dirigidas: "La virtud más indispensable de todas es, ciertamente, la humildad".

La verdadera humildad nace de la fe. Porque ella nos confronta con Dios: Dios lo es todo, yo no soy nada en relación a él. La humildad "surge de la comparación que hacemos entre lo que somos nosotros y lo que es Dios". La humildad nos lleva también a entrar en lo más profundo de nosotros mismos y a reconocernos en nuestras miserias y debilidades. Finalmente, la humildad nos permite relacionarnos con los demás en el respeto, el servicio, la obediencia, el amor.

P. Julio Navarro Román, a.a.

La humildad, una virtud difícil de conquistar

Siendo joven, Manuel d'Alzon decía que el orgullo era el fondo de su carácter y que trataba de domarlo; en 1831 escribía: "El orgullo me ha declarado una guerra cruel. En vano tengo la triste experiencia de la influencia que ejerce sobre mí la opinión que tengo de mí mismo: siempre me contemplo, siempre me admiro, me adoro casi, y sin embargo el orgullo me hace rodar por tierra, me doblega, me humilla... Sé muy bien que sólo he tenido cierto mérito, que sólo he sido fiel a mi plan de conducta, firme en mis trabajos y fuerte contra mis pasiones, cuando he atacado a la primera de todas ellas, cuando me he convencido de mi nulidad, cuando me he dicho: Tú no eres nada, tú no vales nada. Sé todo eso y sin embargo siempre me hago de mí mismo la mejor de las opiniones".

Puede dársele crédito, porque miraba con ojo crítico sus defectos y procedía con total franqueza tanto en relación a sí mismo como a los demás. Sin embargo, este seve-

ro juicio que hacía de sí mismo en su correspondencia suena, no a la humildad nacida de una esforzada virtud, sino a una humildad muy natural y espontánea. (...) Escribe también en 1854: "La vergüenza que me causa la vista de mi vida pasada, la inutilidad de mi vida, las manchas que los sentimientos humanos han arrojado sobre el poco bien que puedo hacer, todo eso me turba. Espero que Dios tendrá piedad de mí". Y en 1855: "La Santísima Virgen me ha obtenido... inmensas gracias. He comprendido que me predico demasiado a mí mismo y no bastante a Jesucristo; que debo atraer a las almas siendo menos burlón, irritable, soberbio y despreciativo. Necesito atraer por la paciencia, la humildad, la dulzura que no tengo y que debo adquirir". (...) La rectitud del Padre d'Alzon reconoce ante todo lo que la humildad confirma.

(Gaétan Bernoville, *Manuel d'Alzon. Un Promotor del Renacimiento Católico en el siglo XIX*, Santiago de Chile, 1999, p. 301-302).

El Padre d'Alzon nos dice

*La humildad es una forma del amor.
Hay una relación muy grande entre la humildad y el amor. No se puede amar realmente sino olvidándose de sí mismo.*

(*Cahiers d'Alzon*, n° 8, p. 118)

Ejemplo de humildad

Es cierto que el Siervo de Dios practicó en un grado heroico la virtud de la humildad, que es como la base sobre la que se afirman las demás virtudes. Su espíritu estaba naturalmente abierto a las ideas nobles y generosas. Instintivamente le repugnaba todo cuanto supusiese a mezquino y vulgar egoísmo. Para él, la elevación de espíritu y un corazón distinguido iban de par con la humildad, que es la virtud de las almas grandes. En sus meditaciones con frecuencia se sitúa ante Dios o ante las obras más perfectas de Dios. Resplandece ante sus ojos el ideal de perfección, pero enseguida, mirándose a sí mismo, se considera bien pequeño: “¿Qué soy yo, sino polvo y ceniza?”, repite con los Libros Santos. Se encuentra pequeño porque ha mirado muy alto. Y ahora se abisma en ese sentimiento de no ser nada: la humildad es el fruto de su grandeza de alma. Los espíritus enanos no conocen esto. Se sienten contentos de sí mismos, ya que no conciben nada en el mundo que los sobrepase. El Padre d’Alzon, acostumbrado a considerar las perfecciones de Dios, descubría enseguida, a modo de contraste, los defectos de la criatura. (*Artículos para el proceso en Nimes de la causa de beatificación y canonización del Padre d’Alzon, Bar-Le-Duc, 1958, p. 86*).



Vidriera de la capilla de las Oblatas de la Asunción en París

la cocina, se pone un delantal, llena un balde de agua tibia, coge dos pequeñas palanganas y regresa a colocarlas delante de los dos religiosos. Ellos protestan, confundidos de verse servidos por el Superior de la casa. Pero él, sonriendo por la dicha de servirlos, no los quiere escuchar y, como Abrahán cuando recibió a los tres ángeles, se arrodilla, derrama el agua sobre sus pies, y les presenta una toalla blanca que fue a buscar él mismo a la ropería.

La casa de Francia donde ocurrió esto es el Colegio de Nimes; el Superior religioso, tan humilde y hospitalario, —ya lo habrán adivinado—, es nuestro Padre, el Padre d’Alzon. Los dos religiosos peregrinos son: el P. Bruno, Procurador General de los Capuchinos, y el P. Pio, su secretario. Se les salían las lágrimas contando esta escena, verdaderamente digna de la vida de un santo.

Una anécdota

Ocurrió en Francia. Dos franciscanos llegan a pedir hospitalidad a una casa religiosa. Con los pies enlodados por el barro del camino, solicitan un poco de agua para lavarlos. El Padre Superior, quien los recibe, está solo en el convento, pero no se lo dice a sus huéspedes; sólo les pide que lo disculpen mientras manda preparar todo. Va a

No estábamos nosotros menos emocionados conociendo esta nueva prueba de la santidad de nuestro Padre. Esperamos que la añadirán a todas las que ya han podido reunir; ojalá ayude a ganar su causa ante Roma para que pronto podamos invocarlo públicamente. (*Tomado de Souvenirs, nº 53*).

Lo que el Padre d'Alzon nos enseña

Conocimiento de mi pequeñez

¿Qué soy, en efecto, sino un pecador de tal manera arrastrado hacia las cosas inferiores, que me encuentro incapaz de elevarme hacia lo que es superior, hacia lo divino? ¿Se trata de negocios? ¿Se trata de discusiones sobre política? ¿Se trata de placeres? Mi alma se entrega a ello enteramente. ¿Se trata de mi eternidad? Inmediatamente me vuelvo cobarde, incapaz, pesado y los intereses de mayor importancia no me conmueven. Por cierto, he ahí motivo para tener, en lo que me atañe, las disposiciones más bajas. No y no, nada de qué sentirme orgulloso. Pero si se trata de mis relaciones con Dios, peor aún. ¿Qué es él? ¿Y qué soy yo? Él es la perfección, la grandeza, el poder, la sabiduría infinita. ¡Con qué disposiciones no debo acercarme a su trono! Y si desciendo al fondo de mí mismo, ¡qué miseria y qué corrupción, qué prodigios de ingratitude, qué prontitud a inflarme con méritos que no tengo o que echo a perder si, teniéndolos en un grado cualquiera, me envanezco de ellos! He ahí dónde estoy, a dónde me dejo llevar por mi orgullo... (*Decimocuarta Meditación, Escritos Espirituales*, p. 420-421).

Su práctica en la Asunción

De todas las virtudes, ciertamente, es la humildad la más indispensable para los religiosos de la Asunción; porque, si es cierto, como dice San Pablo, que la ciencia hinchada, es indiscutible que nosotros estamos expuestos a muy grandes peligros, a causa de los trabajos en



El P. d'Alzon rodeado de alumnos del colegio, fotografiado hacia 1852-1853

los que nos ocuparán. Se encontrará el peligro en el bien mismo que debemos realizar, y precisamente por eso debemos esforzarnos continuamente en poner, mediante la humildad, una muy gran pureza de intención en todas las acciones de nuestra vida; no sea que introduzcamos nuestro amor propio en el lugar de la gloria de Dios, que es lo único que debemos buscar exclusivamente. Elevaremos, por tanto, nuestros pensamientos constantemente hacia Aquel que debe ser el principio y fin de todos nuestros movimientos, temerosos de encontrar nuestra recompensa en la satisfacción personal que hayamos puesto en cumplir tal o cual acción, buena en sí misma, pero sin haberla dirigido lo suficiente hacia Dios. (*Directorio, Escritos Espirituales*, p. 48).

Humildad y Obediencia

La humildad nos desprenderá de nuestra propia voluntad, por temor de que, aferrándonos demasiado al bien por afección personal y no por agradar sólo a Dios, nos ex-

pongamos a oír aquellas palabras terribles: “*He aquí que en vuestros sacrificios se encuentra vuestra voluntad*”. La humildad será fundamento de nuestra obediencia, por duros que sean los sacrificios que se nos impongan, ya que la desconfianza de nosotros nos hará comprender la necesidad que tenemos de ser dirigidos, y el sentimiento de nuestra debilidad hará nacer en nosotros una mayor confianza en Dios. (*Ibid.*, p. 49).

Humildad y Verdad

San Agustín dice que los filósofos paganos han buscado en vano la verdad en el placer, en la ambición, en el orgullo. Para ir a la verdad que es Jesucristo, no hay más que un camino, la humildad, y se puede decir de esta virtud (...): es la condición única e indispensable del éxito. El hombre que reza con humildad ya está en la verdad, pues se halla ante *Dios tanquam nihilum* (como nada). ¡Pero qué rara es esta convicción! (*Segunda Circular sobre la oración, 1876, Escritos Espirituales*, p. 293).

Noticias de los Secretariados

Audiencia con el Papa Francisco



Un grupo de laicos asuncionistas y de colaboradores en nuestro Santuario de Lourdes de Buenos Aires hicieron una peregrinación a Lourdes de Francia, a Nimes y los lugares del Padre d'Alzon y a Roma, donde asistieron a una audiencia con el Papa Francisco. He aquí el relato que nos envía Cristina Berardi.

El miércoles 12 de agosto fuimos a la audiencia con el Papa Francisco. Jamás me imaginé que Dios me daría este premio... El encuentro con el Papa fue genial. Le llevamos un hermoso regalo y yo personalmente le escribí una carta en la cual le conté de mi vida personal, de todo el trabajo pastoral que hago en Lourdes (Santos Lugares-Buenos Aires), que hice la promesa como laica Asuncionista y del trabajo y oraciones que hacemos por la Beatificación del Padre d'Alzon. Le conté de todos los testimonios e historias clínicas que tenemos entre manos y le pedí por favor que revisen si posible estos casos (de posibles milagros). Le decía que nosotros tenemos la convicción de que nuestro Fundador es Santo, a causa de su vida, y también porque todos los días tenemos testimonios de los favores o milagritos que la gente recibe por su intercesión.

Esta carta, con una estampa del Padre d'Alzon, se la entregué en manos del secretario que tenía al lado. Bueno, ¡oh noticia! El Papa Francisco leyó se-

guramente todo eso, la prueba es que contestó mi carta con otra muy sencilla pero que llega hasta el alma, lo cual me da seguridad de que leyó todo detenidamente. Ahora esperemos a ver qué pasa. ¡Tengo la ilusión que pronto veremos la Beatificación de nuestro Fundador!



Laicos Asuncionistas de Buenos Aires
con el Papa Francisco, el 12 de agosto de 2015

Vaticano, 1 de septiembre de 2015

Con un atento escrito, y como expresión de sus sentimientos de filial afecto y adhesión, se ha dirigido al Santo Padre haciéndole participe de algunas consideraciones.

Su Santidad agradece este gesto de cercanía, al que corresponde con un recuerdo ferviente en la oración por usted y por las personas e inquietudes presentes en su corazón. Asimismo, el Papa Francisco suplica que rece por él y por los frutos de su servicio al Santo Pueblo de Dios, a la vez que imparte de corazón la Bendición Apostólica, como prenda de copiosos favores divinos.

Aprovecho la oportunidad para enviarle un cordial saludo.

Mons. Peter B. Wells,
Asesor de la Secretaría de Estado.

“

**Al ser la humildad
un sentimiento tan
contrario
a todos los instintos**

**humanos, es imposible que la haya
inventado el hombre.**

**Por otra parte, resulta imposible dar
una noción exacta del hombre,
prescindiendo de ella.”**

(Cahiers d'Alzon, nº 8, p. 110)

Edición a cargo del Secretariado
para la Causa de beatificación del
Padre Manuel d'Alzon.

Postulador, P. Julio Navarro Román, a.a.
Via San Pio V, 55 - 00165 Roma - Italia
@: postulazioneassunzionisti@gmail.com